

y el sol, detrás de los montes
 su roja faz ocultaba.
 Parecia el Occidente
 un volcán que arroja llamas,
 é indecisa luz alumbraba
 las cimas de las montañas.
 Natura espera á la noche;
 comienza á inquietarse el aura
 las sombras se hacen mas densas
 y las flores mas balsámicas.
 Entre ellas y sobre el césped
 los convidados bailaban.
 Primero, formando círculo
 todos seguian la danza;
 mas despues quedaron quietos
 en los puestos que ocupaban,

IGUATZIO.

Ya las nubes de la tarde
 se teñian de escarlata
 y el sol, detrás de los montes
 su roja faz ocultaba.
 Parecia el Occidente
 un volcán que arroja llamas,
 é indecisa luz alumbraba
 las cimas de las montañas.
 Natura espera á la noche;
 comienza á inquietarse el aura
 las sombras se hacen mas densas
 y las flores mas balsámicas.
 Entre ellas y sobre el césped
 los convidados bailaban.
 Primero, formando círculo
 todos seguian la danza;
 mas despues quedaron quietos
 en los puestos que ocupaban,

y uno solo lo abandonaba
 y hasta el medio se adelanta,
 llevando el ajocacaztli
 en una mano; lo alza
 á compas, lo baja luego
 sonándolo mientras baila.
 Pausadamente las piernas
 una tras otra levanta
 dando vueltas y las manos
 sube á compas ó las baja.
 A una señal, todo el círculo
 al rededor de este danza
 dando vueltas y de nuevo
 en sus lugares descansa.
 Otro achá sale del círculo
 oyendo la señal dada
 al són de la grave música.
 A bailar ya comenzaba
 cuando, corriendo, en la fiesta
 Jaripo velóz se lanza.
 —Deteneos, deteneos
 con airado acento clama.
 Todos á él vuelven los ojos,
 hácia él la vírgen avanza,
 Cirosto del otro lado
 llega, pero él los rechaza.
 No puede hablar, la fatiga

corta todas sus palabras, y su respiracion se escucha á no muy corta distancia, y con las manos, el pecho se oprime, lleno de ansia. Corre el sudor por su frente, sus ojos parecen ascuas, y todo el cuerpo se agita, si el aliento fuerte exhala.

—¿Qué hay, padre?

—¿Taré; ¿qué es esto?

Mas siempre Jaripo calla.

Por fin, estiendo los brazos y con la vista estraviada, recorre á todos, y todos los ojos al suelo bajan.

—¿Para qué me ha prolongado Dios, mi vida ya tan larga?

¡Con que estaban tantas muertes á nosotros reservadas!

Se calló por un momento, y tras una breve pausa:

—Escuchad, dijo..... No puedo hablar, se turba mi alma.

Hace media hora, sentado el gran Calzontzin se hallaba no lejos de la ribera

del lago. Triste el monarca pasó el dia todo entero, aunque sin saber la causa. Sentado ahí, oyó muy cerca á un iguatzio que lloraba inmóbil. El rey en vano hacerlo huir procuraba y lo hirió con una piedra; pero sin mover la planta continuó llorando siempre; otra volvió sin lástima á herirlo..... él llorando sigue.

La aventura extraordinaria á nuestro rey admirando, en el momento me llama.

De Calzontzin á presencia llego y al punto me manda que preguntara al iguatzio de tanto llanto la causa.

Sin vacilar obedezco, aunque con miedo en el alma, pues bien sabeis que á los reyes los dioses á veces hablan.

Llego al animal y le hablo.

En mí fijó la mirada con tal tristeza, que ahora me estremezco al recordarla,

y—¿No he de llorar?—me dijo.
 Al escuchar voz humana
 que del iguatzio salia
 un frio mortal me asalta.
 —¿No he de llorar? Si no es esto
 ¿qué cosa merece lágrimas?
 Etranjeros ignorados
 por los hombres de tu raza
 han llegado no hace mucho
 á los confines de Anáhuac.
 Son monstruos de dos cabezas
 y que con cuatro piés andan
 y que además tienen brazos
 con que manejan las armas.
 Con la cabeza de abajo
 durísimo hierro mascan,
 Y si esto hacen con el fierro,
 ¿qué harán con la raza humana?
 Yo todo estaba temblando,
 pero sereno el monarca
 escuchando estuvo todo;
 cuando vió que ya acababa
 de hablar y entre las malezas
 del cerro veloz escapa,
 sin inmutarse siquiera,
 puso la mitra sagrada
 sobre su augusta cabeza

y dando tres gritos, manda
 que á la guerra se dispongan
 cuantos sus leyes acatan.
 silencio, pues. ¡A la guerra!
 Purechas, sus, á las armas!

Al momento los guerreros
 al lado del taré marchan.
 Las jóvenes se dispersan,
 sola Mazanitla se halla.
 Entra al nupcial aposento
 ajando todas sus galas,
 y sobre el lecho se sienta
 vertiendo copiosas lágrimas.

VIII

EL CONSEJO.

Rodean al rey los grandes:
 se hallan formando dos filas
 á los dos lados del trono.
 Habla el rey. Su voz es viva
 aunque grave.—Sabeis, dice,
 así Teotl os asista!
 que ha llegado la embajada
 que el emperador envía.
 Pide auxilio á los Purechas
 contra los que hoy desafian
 su poder, contra los hijos
 de la lejana Castilla.
 ¿Qué hacer? ¿A los Alcolhuis
 que son nuestra sangre misma
 auxiliaremos? Decidlo,

hablad, el rey os invita.
 —Señor, así habló Tarépit:
 hasta hoy tenemos noticia
 solamente, que han llegado
 extranjeros á estos climas,
 extranjeros poderosos
 que á los pueblos intimidan.
 ¿Mas á la nacion atacan
 de los Purechas invicta?
 Probable es que muevan guerra
 á las naciones vecinas,
 pero tal vez no suceda.
 Quién sabe si solo pidan
 tierra en que vivir tranquilos
 para sustentar su vida.
 ¿Pues los mismos mexicanos,
 en época remotísima,
 tambien no pidieron tierras?
 ¿No les fueron concedidas?
 Pues así los Caputzines
 vendrán buscando guarida;
 Dios da tierra para todos;
 y si es así, que en paz vivan;
 por eso pienso, ¡oh gran rey!
 juzgue tu sabiduría!
 esperar por algun tiempo
 en tanto que conocidas

nos sean sus intenciones;
que si acaso son malignas,
los Purechas tienen armas
y en sus manos son temidas;
y Dios nos protege, y Dios
ha de ser el que decida.

Concluyó el tharé. Al momento
un sacerdote se inclina

hácia el rey, y de este modo
A hablar comienza en seguida.

—Si acaso esos extranjeros
que al trueno y rayo dominan,
hacen la guerra á Tlascallan,
¡que sus dioses los asistan!
aunque no creo posible
que á la república rindan.

Mas si unidos á Tlascallan,
que es de México enemiga,
atacan á Moctezuma
y su gran imperio arruinan,
deberemos alegrarnos
por tal accion, de héroes digna.

¿No somos los enemigos
de Tenoxtitlán la altiva?
¿qué cosa mejor veremos
que mirarla destruida?

Pero ¡oh rey! ¿para qué aliarnos

á una nacion enemiga,
contra extranjeros por quienes
Mechoacan no fué ofendida?
Pues al contrario; si acaso
los Caputzines invitan
á Tzintzuntzan á una alianza
contra México, diria
que se formara al momento.
¡O rey! así Acpilli opina.

Cuando acabó el sacerdote
avanzó Jaripo. Lívida
estaba su faz, sus ojos
arrojaban rayos de ira:

—Tú lo has escuchado y viven,
¡oh rey! ¿Tu alma no se indigna?
Es Tlacatecolotl
sin duda quien los anima.
¿Por qué esperar, rey invicto,
cuando la patria peligra?
Ella sí. Los Tlascualeses,
los que á sus lados habitan,
Mexicanos y Purechas
formamos una familia,
todos somos Nahuatlaques
somos una raza misma.
¿Y contra nuestros hermanos,
á extranjeros homicidas

vamos á ayudar?..... Primero
 que tal infamia se diga,
 que ya jamas nuestros brazos,
 jamas, las armas esgriman.
 ¿Pedirá esa hueste tierra
 para vivir como amiga?
 Niégueseles. Pues si acaso
 una vez á Anáhuac pisan,
 y en él una nacion forman,
 ninguna estará tranquila.
 ¿No son ellos los que al rayo
 como señores dominan?
 Dicen: vé, y vá. Dicen: hiere,
 y ya está abierta la herida.
 ¿Quién tan temibles vecinos
 con tranquilidad veria?
 Una vez que hayan formado
 su nacion en nuestros climas
 vendrán muchos de su tierra
 para aumentar sus partidas.
 Pues qué, ¿sabemos acaso
 cuál es la tierra que habitan,
 y si se halla muy poblada,
 y si á millares podrian
 lanzarse en nuestras montañas,
 ya por ellos conocidas?
 Dicen que los Mexicanos

tambien pidieron un dia
 tierras para cultivarlas.....
 Oh rey! Esta razon misma
 debe hacer que hoy las neguemos
 á otra tribu que las pida.
 A los que tierra les dieron
 los Acolhuis dominan?
 No ellos son hoy los señores
 aun de las tribus vecinas?
 No á dominar al Purecha
 hoy ya potentes aspiran?
 Pues así los Caputzines
 guerra á todos moverian,
 y quién sabe... ¡Oh rey! ¡Oh ancianos!
 Pensad que son vuestras vidas
 las que yo defiendo ahora
 y el honor de vuestras hijas.
 Y si, lo que es indudable,
 la extranjero hueste altiva
 mueve al Azteca la guerra,
 escuchadme bien; si unidas
 encuentra á las siete tribus
 como allá en Aztlán un dia,
 será, á pesar de sus rayos
 por los Aztecas vencida;
 mas si halla á los Mexicanos
 aislados de su familia,

y ¡Dios no quiera! los vence,
Entonces orgullecida
tambien querrán dominarnos;
y quién sabe si podrian
los Purechas resistirlos,
si tambien solos se miran.

Rey! manda á cinco guerreros
que contra mí luchen. Fija
la condicion que uno á uno
venga á disputar su vida,
y yo, ¡oh manarca! te juro
que venceré sin fatiga.....
Mas si todos juntos vienen,
sucumbiré en la partida.

¿Por qué aislar á los Aztecas?
Los dioses justos en su ira
harán que estemos aislados
tambien, y tambien nos rindan.
Ya lo veo. Oid mi acento,
un dios sin duda me inspira
y en el porvenir oscuro
puede penetrar mi vista.
Avanzan..... combaten, vencen.....
Sangre..... Matanza infinita.....
Avanzan mas..... ya se encuentran
en donde el Purecha habita.....
¿Dónde está el rey? Ya no hay reyes.

¿Y el pueblo? En grillos se mira.....
¡Ay del monarca! ¡ay del pueblo!
¡Ay de la muralla altiva!!!
¡Ay del templo de los dioses!
y ay de mí! Y cayó sin vida.

La confusion luego reina.
¡Guerra! los caciques gritan,
¡guerra, guerra al extranjero!
Abandona el rey su silla,
y embrazando el fuerte escudo
y sus armas no vencidas,
abre una ventana. El fuego
de Huitzilopochtli brilla
en su frente soberana
y en su mirada divina.
—Guerra!—gritó. El pueblo todo
guerra! repitió en seguida.
Los jóvenes que aguardaban
fuera del atrio, se animan
y á la sala del consejo
en tropel se precipitan.
Pero una voz de repente
dominó la gritería,
y al mirar al que así hablaba
todos, hasta el rey, se inclinan,
porque era el gran sacerdote
á quien los dioses inspiran.

—Cómo! La nacion Purecha,
dijo, al mexicano unida!
tiemble el que así de los dioses
provoque imbécil la ira.
Los que llamais extranjeros
amos llamar deberíais.
De Quetzacoatl descendientes
son, y él es quien los envía.
De este dios supremo es hijo
el grande rey de Castilla,
y es nuestro señor. Su nombre
pronunciaréis de rodillas.
El dios fué quien les dió el rayo,
el que á los vientos domina;
por eso ellos en las alas
del fuerte aquilon caminan,
y sobre ellas han llegado
hasta nuestras costas mismas:
Pronto vendrán. Al momento
que culto todos les rindan.
Rey! Al verlos, la corona
luego de tus sienes quita,
y declárate vasallo
del dios que manda en Castilla.

Esto te mandan los dioses,
te lo mandan; y medita
que al que no los obedece

ellos, cual dioses, castigan.
Inclinó el rey la cabeza
al oír la órden divina,
no tanto por acatarla,
sino que ocultar queria
las lágrimas que saltaban
aun queriendo comprimir las.